



## Capítulo 31



*La Aventura de Mariátegui*

*Nuevas Perspectivas*

GONZALO PORTOCARRERO - EDUARDO CACERES - RAFAEL TAPIA  
EDITORES

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU  
FONDO EDITORIAL 1995



Primera edición, julio de 1995.

*Cubierta:* María del Carmen Herrera y Diego Carvalho Herrera

La Aventura de Mariátegui: Nuevas Perspectivas

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria cuadra 18, San Miguel. Lima, Perú. Tlfs. 462-6390, 462-2540 Anexo 220.

*Derechos Reservados*

ISBN 84 - 8390 - 980 - 4

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## LA ESCENA DE MARIÁTEGUI: 1883-1989

### ensayo sobre cultura política y horizontes culturales

*Daniel Del Castillo*  
*Sandro Ventura Schultz*

#### INTRODUCCIÓN

El pensamiento político y social de José Carlos Mariátegui, a pesar de ser innegablemente ya un clásico peruano y latinoamericano, es sin embargo -y a diferencia de lo que sucedía con generaciones anteriores-, una presencia débil en el horizonte de los universitarios de hoy. La explicación de ésto no debe buscarse solamente en la falta de romanticismo, el «nihilismo» o el individualismo de las nuevas generaciones, rasgos que las harían apartarse de figuras y propuestas ligadas a la utopía y la reforma, sino sobre todo en transformaciones culturales e históricas que nos hacen vivir actualmente en el Perú un verdadero «cambio de época».

Trabajar a Mariátegui puede ser una ocasión privilegiada para pensar este cambio, ya que él es quizás el hito cultural más importante del siglo XX peruano. Y trabajarlo abordando también el mundo, las visiones y las aspiraciones de los nuevos ciudadanos; ello nos puede dar claves acerca de nuestro porvenir.

Eso es lo que vamos a hacer en este ensayo: una indagación sobre Mariátegui y su tiempo desde «nuestros tiempos». Nos servimos para ello, y como primer acercamiento, de una pequeña encuesta aplicada a los alumnos de la Universidad Católica del Perú. Dicha encuesta nos ha proporcionado, aparte de un panorama general de los universitarios catolicinos, importante información con la cual confrontar hipótesis que hemos venido elaborando sobre horizontes

culturales del Perú de este siglo y las crisis que estos horizontes han venido sufriendo. Iniciaremos entonces nuestro trabajo exponiendo los resultados de dicha encuesta y las interrogantes que nos plantea, para de ahí entrar a explicaciones más globales.

## LA ENCUESTA

Está en la naturaleza de las encuestas el proporcionar «datos» que encuentran su verdadero sentido en argumentaciones que los trascienden. Así, los datos de nuestra encuesta sólo pueden ser leídos a la luz de los planteamientos de fondo que desarrollamos aquí. Pero es posible mostrar sin embargo los resultados más generales de ésta, ya que representan en sí una primera mirada a la cuestión que nos interesa, y sobre todo, porque pueden provocar en nosotros la inquietud que mueve a la apertura y al deseo de comprensión<sup>1</sup>.

La mayoría de universitarios encuestados (66%) no participa en ningún tipo de agrupación, sea política o social. El 21% participa en clubes deportivos y grupos parroquiales; el 10%, en grupos artísticos; y apenas el 1.8% participa en partidos políticos. Por otro lado,

---

1 La encuesta -realizada en junio de 1994- se planteó indagar en los principales rasgos de la cultura política de los universitarios de la PUC, señalar el nivel de información manejada sobre la vida y obra de J. C. Mariátegui, y precisar las «imágenes» que este escritor podía evocar en ellos. La primera parte de la encuesta exploró en las experiencias políticas, gremiales y sociales de los encuestados, en los intelectuales y políticos más importantes para ellos, y en sus modos de clasificar y jerarquizar los grupos sociales. La segunda parte midió el nivel de información sobre la vida y obra de Mariátegui y además trató de llegar hasta las ideas y sentimientos que Mariátegui evocaba. Organizamos la encuesta de tal manera que pudiésemos encontrar relaciones entre la cultura y experiencia política de estos jóvenes, el nivel de conocimiento sobre Mariátegui y el grado de movilización que podía generar una figura como la de él. Además elaboramos nuestras preguntas de la primera parte sobre la base de hipótesis que teníamos previamente construídas y que son explicitadas en la tercera parte de este ensayo. Los estudiantes encuestados pertenecían a las facultades de Estudios Generales Letras, Estudios Generales Ciencias, Trabajo Social y Ciencias Sociales. No se pretendió la representatividad estadística.



el 92% sostenía no haber participado en campaña política nacional o municipal alguna. Asimismo, el 90% expresaba no haber participado en campaña gremial universitaria alguna.

En cuanto a la manera como clasificaban y jerarquizaban los grupos sociales, y el rol que les atribuían en el progreso del país, los estudiantes mostraron tener ideas claras sobre quienes impedían tal progreso y cuales eran los grupos o sectores que por su debilidad requerían apoyo o especial reivindicación; pero no se mostraron igualmente claros en cuanto a quiénes o qué sector social debía liderar el desarrollo. Es decir, sólo un 53% consideró que existía un grupo social líder, en primer lugar la clase media -profesionales, los sectores preparados- y en segundo lugar la pequeña burguesía empresarial -los pequeños y medianos empresarios.

Estaba más definido quienes impedían el desarrollo. Los sectores más mencionados fueron las clases altas -los grandes capitalistas, los que se llevan sus ganancias fuera del país, los que explotan, etc.- y, en segundo lugar, los terroristas. Finalmente los políticos tradicionales, burócratas y gente del gobierno.

Igualmente un 70% consideró que existían sectores que requerían apoyo o reivindicación especial. Aquí se mencionaron en primer lugar las comunidades campesinas y los nativos de la selva; en segundo lugar, los «más pobres», y finalmente las víctimas del terrorismo, los niños y las mujeres.

La mayoría de los jóvenes estudiantes no tenían experiencias políticas ni gremiales donde pudieran haber compartido los códigos y el sistema de significados a través de los cuales los contenidos ideológicos de izquierda son difundidos. Esto se corresponde con los modos de percibir la sociedad: no aparecían términos clasistas ni indigenistas, ni palabras como burguesía, pueblo, proletariado, campesinado, indígenas, etc.

La clase media se ve a sí misma como fundamental para el desarrollo, y el valor de la educación se percibe como capital económico y político. Ecos de una «idea crítica» del país se puede notar

aún en la utilización de elementos del discurso antioligárquico, sobre todo cuando se coloca a las «clases altas» como las que obstaculizan el desarrollo. A los sectores más bajos no se los ve como la «base» de una nueva sociedad, sino como sectores minusválidos y marginales que requieren apoyo especial.

Dentro de esta cultura y experiencia política es difícil que Mariátegui aparezca como un referente fuerte. El contacto con este autor se reduce a las clases universitarias y a los textos escolares. Pero aún así se puede notar que Mariátegui es, en la percepción de estos jóvenes, una «figura importante» del país y, como veremos luego, su nombre aparece en un lugar privilegiado junto con otros nombres de intelectuales y políticos. El conocimiento de su vida y obra resultó ser pobre aunque no en términos absolutos.

Se puede apreciar a manera de conclusión que la figura de Mariátegui inspira respeto como intelectual y político muy importante de nuestro país, pero el distanciamiento frente a él es bastante fuerte. Si tendríamos que decirlo en una frase, a aproximadamente el 90% de los jóvenes encuestados Mariátegui no les dice casi nada.

## EL PROBLEMA DE LOS HORIZONTES CULTURALES

Decimos tres cosas en lo que sigue del ensayo. La primera es que indagar sobre el porqué de esta distancia, y en general, indagar sobre la relación Mariátegui-juventud actual, es preguntarse sobre horizontes político-culturales. ¿Vivimos y pensamos dentro de los mismos horizontes en los que vivió Mariátegui? La segunda cosa que decimos es que aunque aún no aparecen con claridad cuales son los horizontes político-culturales que alimentan a las nuevas generaciones -y en eso consiste justamente la incertidumbre de nuestros tiempos- sabemos sí que los tres horizontes dentro de los que Mariátegui produjo su obra, a saber, el horizonte indianista<sup>2</sup>, el

---

2 La «cuestión» o el «problema» del indio como referente básico que abre el pensamiento político peruano del siglo XX. Ver Guillermo Nugent, *El labe-*

antioligárquico y el socialista, entraron en crisis en los últimos quince o veinte años, y este último, el horizonte socialista, en los últimos ocho. La recepción de Mariátegui hoy tiene que verse necesariamente afectada por este hecho.

Por horizonte político-cultural entendemos un conjunto articulado de discursos con los cuales una sociedad *se hace inteligible a sí misma en un determinado momento de su vida histórica*. Estos discursos se generan en la vida institucional y en las prácticas sociales, pero hunden sus raíces en los imaginarios y componentes simbólicos más constitutivos de la sociedad<sup>3</sup>.

Por «discurso» entendemos las conexiones de sentido, la trama de significaciones, que organizan la intelección -dan realidad- y cargan valorativamente determinada dimensión conflictiva de la vida social. Así, hay «discursos» del poder y la autoridad, «discursos» del orden -desigualdad, jerarquías-, «discursos» del nosotros -identidad-, etc. Discursos que el mismo mundo de interacciones, relaciones, instituciones, vidas, va, en su particular devenir, generando -y aquí nos diferenciamos de las posiciones estructuralistas-, pero que atraviesan y moldean a su vez ese mundo, le proporcionan sus significados básicos, hacen posible su fluir expresivo.

La tercera cosa que decimos en este ensayo es que esos tres horizontes mencionados, el indianista, el antioligárquico y el socialista, definían una suerte de «escena contemporánea» que establecía vínculos de parentesco entre los intelectuales de la post-guerra con Chile, y los de las décadas de 1930 y de 1960. Esa contemporaneidad es la que ha entrado en crisis y sobre ella se levanta otra que está aún por definirse. El precario vínculo que se comprueba existe

---

rinto de la choledad, F. Ebert, Lima, 1993. Preferimos la palabra indianista a «indigenista» porque esta última alude a concepciones y a una tradición intelectual más precisa, a la cual no queremos restringirnos.

3 Sobre «horizontes culturales» ver H.G. Gadamer, *Verdad y Método*. Sobre imaginarios y componentes simbólicos ver C. Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*. Sobre discursos y prácticas sociales ver A. Giddens, *Las nuevas reglas del método sociológico*.

entre Mariátegui y la juventud actual tiene que ver tanto o más con este cambio de época y de sentido de la contemporaneidad, que con la aparente falta de romanticismo y el «desencanto» de las nuevas generaciones.

## LA ESCENA DE MARIÁTEGUI

El período de cien años que va desde fines del siglo pasado - más precisamente después de la guerra con Chile- hasta fines de la década de 1980, puede ser visto como uno de esos «momentos» de nuestra vida histórica que se define a sí mismo desde ciertos horizontes culturales; horizontes que le dieron forma e inteligibilidad, que plantearon sus conflictos básicos y las maneras imaginadas de resolverlos.

### *El horizonte indianista*

El horizonte indianista es el primero. Intelectuales como Manuel González Prada y Clemente Palma, desde posiciones simétricamente antagónicas, lo prefiguraron en su forma básica<sup>4</sup>.

Para el Perú colonial el indio no era un «problema» en el sentido que en este siglo le hemos dado a ese término. Su ubicación en el edificio social y político estaba establecida: sus espacios de negociación, su sitio en la cultura. No es que la realidad colonial no fuera conflictiva, violenta. Por el contrario, la resistencia era permanente e incluso desde la conquista surgieron voces españolas que cuestionaron la legitimidad de un orden tal<sup>5</sup>. Pero no cabía duda para

---

4 Sobre González Prada y Clemente Palma, ver Gonzalo Portocarrero «La modernidad trabada: oligarquía, racismo y aristocracia en el Perú contemporáneo», 1994, inédito.

5 Aquí la figura del padre Bartolomé de las Casas es la más importante. Pero el «indigenismo» colonial que él representa tiene raíces político-filosóficas muy distintas de lo que vino después.



ellos que había un orden, y que la población conquistada formaba parte de él<sup>6</sup>.

Era claro para todos que el Virreynato del Perú era una unidad política y social que podía ser defendida o combatida pero que no podía ser negada. Los componentes de esta unidad no eran «problemáticos» en el sentido contemporáneo del término: una sana filosofía estamental daba cuenta del conjunto.

La república rompe esta unidad pero se percató de ello después de la guerra con Chile. Antes, el discurso republicano y liberal como ropaje encubridor del caos, del desmembramiento, y de la lotización del poder, inyectaron energía a nuestros prohombres que se imaginaron una nación ahí donde en realidad sólo existían fragmentos.

Y vino la guerra con Chile, y con ella el desastre. La crisis, la tremenda incertidumbre, el profundo desaliento que significaron esos años sólo ahora, después de haber vivido también nuestros «oscuros ochentas», podemos imaginárnoslos. «No somos una nación» -se dice- y la derrota frente al enemigo chileno nos lo ha mostrado de una manera brutal. Y no lo somos porque la inmensa mayoría de la población es ajena a nuestros proyectos.

Aparecen entonces en escena «los indios», los «otros», como un «problema» a resolver si es que de una u otra manera queremos hacer patria. Sumisos y amenazantes al mismo tiempo; inexcrutables según las imágenes en boga. Raza degenerada que hay que subordinar y exterminar «a cañonazos si se puede»<sup>7</sup>, o verdaderos dueños del Perú que debían realizar sus propios proyectos pasando por encima de los blancos dominadores, herederos del oprobio. En todo caso distintos, conjunto diferenciable, categoría social y política que va a alimentar la mayoría de propuestas del siglo que asoma.

---

6 Esta parte debe mucho al trabajo de Guillermo Nugent *El Laberinto de la choledad*.

7 Clemente Palma, en Portocarrero, *op.cit.*, p. 8.

Y es que de una u otra manera, asumiendo sobre todo posiciones intermedias -la «aristocracia del espíritu» que se encargaría de «civilizar» a los indios propuesta por un García Calderón, la integración de éstos a frentes pluriclasistas que tomarían las riendas del Estado, etc.-, todos los que se van a plantear en lo sucesivo el problema del poder, del orden, de la posibilidad de país, lo harán desde esta perspectiva. La sociedad peruana se hace inteligible a sí misma -antes lo había hecho con recursos provenientes de la filosofía medieval y las teorías del absolutismo- desde un republicanismo ansioso y paralizado en sus propias contradicciones, la principal de ellas, esta imaginada «raza otra» con la que algo se tenía que hacer.

¿Qué polémica importante de los próximos decenios no va a estar nutrida por este imaginario? ¿Cómo no ver un sustrato común, una línea de continuidad que va desde González Prada hasta Velasco, pasando por los distintos indigenismos y populismos? ¿Cómo no ver que incluso los que desde posiciones conservadoras insistían en la «no problemática» de lo indígena y defendían un mestizaje idealizado, no conflictivo, lo hacían a partir de una toma de posición frente a la «cuestión del indio»? ¿Cómo no hablar de un horizonte político-cultural -el indianista- para referirnos a todo esto, horizonte dentro del cual y según la ubicación en el entramado de poder que se tuviera y la ideología que se asumiera, se iban elaborando los distintos y particulares discursos?

Pues bien, parte importante del pensamiento de Mariátegui no puede ser entendido fuera de este horizonte. Fuera de él es difícil asumirlo intelectual y emocionalmente.

Claro que Mariátegui llega a salidas particularmente originales porque procura dotar a su pensamiento de una historicidad propia del tipo de marxismo que él abrazó. Es bastante conocida su posición: El problema de la nación se resolvería dentro del proyecto socialista, proyecto que tenía como pilar fundamental el componente indígena, su historia, sus prácticas colectivistas, su cultura, su fuerza mesiánica. La persistencia de hábitos de cooperación y solidaridad en ellos eran «la expresión empírica de un espíritu comunista». El socialismo, producto occidental, enraizaría, se aclimataría, crecería

en esta tierras porque, y sólo porque, el campesinado indígena lo haría suyo<sup>8</sup>.

El horizonte en el que se ubica Mariátegui es claro: la tradición criolla pensando cómo integrar al indio a la república. La singularidad de Mariátegui consiste en su auténtico esfuerzo por intentar dialogar con la historia -e intentar proyectar en ella un mito, una pasión- aunque este diálogo se haya encontrado inevitablemente limitado por la precariedad de la sociología de su tiempo y por el lado más cargadamente idealizante de sus concepciones.

¿Cuándo este horizonte entra en crisis? ¿Cuándo empieza a desdibujarse? La respuesta no puede ser precisa pero todos coinciden que en los años cincuenta, con la migración masiva del campo a la ciudad, con la ruptura de la ecuación indio igual campesino, con la formación acelerada de culturas andinas urbanas, empiezan las primeras dificultades para hablar de esos «otros», así, en términos tan ajenos. ¿Son estas poblaciones heterogéneas, dinámicas, modernas y modernistas a la vez, las «masas indígenas» que agredían, incomodaban, problematizaban y apesadumbraban la conciencia criolla? ¿Hay un «problema del indio» que resolver, o el problema empieza a estar sólo en la cabeza y el alma culposa de muchos criollos? ¿No es acaso cierto que esas «masas indígenas»<sup>9</sup>, casi sin que la institucionalidad blanca y costeña se diera cuenta, tomaron el «problema» en sus manos y empezaron a solucionarlo a su manera? ¿No es cierto acaso que en los últimos treinta años la cuestión étnico-racial en el Perú ha ido transformando radicalmente los términos de su formulación al punto que las distintas conciencias

---

8 «El problema de las razas en América Latina», «El problema del Indio», «El problema agrario». El mejor trabajo al respecto es el de Alberto Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui*, Lima, Desco, 1982, cap. II.

9 Esas «masas indígenas» en realidad nunca existieron. Existían comunidades, pueblos, culturas campesinas, con sus particularidades, viviendo al interior de también muy particulares entramados de poder, manteniendo difíciles y conflictivos equilibrios, defendiendo, a veces con mucho éxito, espacios de negociación, resistiéndose y adaptándose a las condiciones que les eran impuestas desde poderes muy concretos. Transformando permanentemente sus formas culturales.

indigenistas se encuentran actualmente en un mundo difícil de entender bajo sus parámetros clásicos?

La cuestión del indio se fue transformando en una sociedad que cambió aceleradamente desde espacios y desde prácticas no previstas por nadie. Se transformaron las subjetividades, las formas de conocimiento social, las categorías para aprehender la vida, la cotidianidad, la praxis.

No se trata tampoco de sobredimensionar el cambio. Matrices y conflictos fundantes se reproducen aún en los diferentes contextos de vida. La exclusión y la marginación social amparadas en el imaginario racista es uno de esos conflictos. Sería torpe e interesado negarlo. El «choleo», el desprecio étnico, siguen constituyendo elementos muy activos en nuestras interacciones y causa de mucho sufrimiento, violencia e injusticia. ¿Pero nos atreveríamos a emplear, para dar cuenta de este hecho, el lenguaje y los términos de un Luis E. Valcárcel, de un Romualdo, de un Arguedas, de un Velasco Alvarado? ¿De un Mariátegui?

Esa es la pregunta que tenemos que hacernos si queremos hablar honestamente de la vigencia de voces como éstas. Nuevos lenguajes se están inventando, nuevas maneras de formular, no de disolver, los problemas. Nuevos horizontes culturales se están conformando: maneras de hacernos inteligibles a nosotros mismos. Y en los jóvenes van apareciendo de manera más nítida estas nuevas formas; formas en las que definitivamente la categoría «indio» y la «cuestión del indio» -incluso bajo sus formas campesinistas- tienen ya muy poco sentido. Nuestra tarea como investigadores es ir descubriendo y enriqueciendo los nuevos horizontes. El horizonte indianista abierto por el poderoso pensamiento de un González Prada ha entrado en su ocaso. Y así tenía que ser porque ningún pensamiento importante puede escapar de la historia. Mariátegui como figura fundamental de ese horizonte puede producir, en los jóvenes de hoy, un profundo respeto, eso es evidente. Pero en realidad -al menos en cuanto a esta dimensión- les dice ya poco.



## *El horizonte antioligárquico*

En el horizonte indianista vemos a nuestro balbuceante republicanismo tratando de resolver el problema del «otro» indio; problema que ponía en cuestión, y la guerra se había encargado de echarnoslo en cara, la viabilidad misma de la república como tal.

En el horizonte antioligárquico no asoma tanto el problema del cómo incluir al «otro», al extraño, sino el problema de quiénes éramos, o íbamos a ser -no en términos esenciales sino políticos- ese «nosotros». Dentro del discurso republicano y liberal la legitimidad del poder no podía descansar, al menos cómodamente, en criterios como el de la «nobleza» y la «sangre» de una élite determinada. En una comunidad de ciudadanos el poder descansaba en la representatividad. ¿Eran representativos, es decir parte de ese «nosotros», la élite de poderosos aristócratas y latifundistas que nos gobernaban? ¿tenían ellos necesariamente, por su linaje, por su «sabiduría», o por lo que fuera, que dirigir los destinos de la sociedad?

La élite dominante, esto es importante resaltar, no se conformaba sólo con reivindicar la legitimidad tradicional y desarrollaba una estrategia de adaptación para «absorber las mayores dosis de modernidad liberal-capitalista compatibles con su dominación aristocrática»<sup>10</sup>. Pero aún así era en cierto sentido inevitable, dada su poca capacidad para construir hegemonías modernas, que empezaran a surgir, desde otras capas de la sociedad, preguntas sobre la legitimidad de esta oligarquía para gobernar.

Y con estas preguntas nacía un «nosotros» político que emergía cuestionante y amenazante, al principio dentro de unos pocos intelectuales y sectores de vanguardia. Y con ese nosotros político nacía la categoría «pueblo» como espacio de legitimación. Categoría que no podía ser entendida sino en oposición a la categoría «señores».

---

10 Fernando de Trazegnies citado en Alberto Adrián «Estado y sociedad: señores, masas y ciudadanos» en *Estado y sociedad: relaciones peligrosas*, Lima, DESCO, 1990. El Civilismo fue un intento de encarar con cierta dosis de modernidad la tarea de gobernar una república.

Y con esta oposición «pueblo» vs. «señores» nacía el Perú moderno.

El horizonte antioligárquico está definido por esta nueva manera que tiene la sociedad de hacerse inteligible a sí misma: esta manera polar, que representaba un cambio con respecto a los principios estamentales y jerárquicos anteriores. A partir de entonces incluso las prácticas políticas más caudillistas y tradicionales, pero que pretendían ser referidas a un imaginario «moderno», tenían que ser elaboradas y redefinidas al interior de ese espacio simbólico llamado «pueblo-que-se-enfrenta-a-los-señores».

Con el tiempo se irá fijando con mayor claridad en las mentalidades sociales que el problema nacional era esta élite aristocrática, estos señores poderosos, injustos y opresivos, que impedían el progreso del país y se aliaban con el capital extranjero para expoliar nuestros recursos. La gente común y corriente, y esto es quizás lo más importante, empezaba a relacionar sus propias condiciones de precariedad e incertidumbre con la existencia de esta oligarquía aliada con los intereses foráneos. Y esta relación imaginada ordenaba su identidad social y política.

Esto no sucede de la noche a la mañana. Al hablar del horizonte antioligárquico las primeras imágenes que se nos vienen a la mente son las de Piérola, el viejo caudillo, aristócrata orgulloso de serlo, infundiendo temor a los oligarcas civilistas por su capacidad para «inquietar al pueblo», «despertar a las multitudes», allá por 1904. Pero antes, González Prada, renegando de su clase, cuestionando la legitimidad de ésta para gobernar.

Y también Billingham, en 1912. Ya tenía núcleos artesanos, obreros e intelectuales vanguardistas detrás de él -Abraham Valdelomar, gran amigo de Mariátegui, entre ellos. La identidad de «pueblo» empieza a prender en la gente. Aunque carpinteros, panaderos y albañiles se vestían de modales aristocráticos, la conciencia de su «ser plebeyo» vivido como una condición injusta, opresiva, pero con capacidades liberadoras, se hacía cada vez más fuerte. Y con ella sus reivindicaciones políticas: «queremos nuestro sitio», y con el tiempo «queremos todo el sitio».

Y llegan aquí -estamos hablando de principios de los años 1920- Mariátegui y Haya de la Torre. Y llega el aprismo, la expresión más importante del pensamiento y la acción antioligárquicos en el Perú -al menos hasta los años 1950. Y aquí es importante notar que el aprismo no fue sólo «política»; fue también cultura y vida cotidiana. Y fue cultura y vida cotidiana porque las gentes de los sectores más avanzados de la sociedad de ese entonces se sabían, se veían, se imaginaban, se vivían «pueblo» enfrentado a los señores, a los poderosos. Se sabían pueblo, y aunque suene retórico, una de las formas de decir pueblo era decir APRA. El APRA inyecta doctrina a ese decir, y con ello funda una tradición política que dura ya sesenta años.

Mariátegui y Haya fueron compañeros de lucha en sus inicios. Los dos se propusieron enriquecer el horizonte antioligárquico peruano con el pensamiento político radical europeo de su tiempo. Cuestiones doctrinales, de estrategia y de estilo político los separaron radicalmente después, a fines de los años 1920. Mariátegui funda otra tradición política, la comunista, aunque en la práctica esta tradición, con Ravines y Jorge del Prado como líderes, recogió muy poco de él; sólo cierto simbolismo, ciertas frases<sup>11</sup>. Tradición que además fracasó durante los años 1930-1950 en su intento de introducir el lenguaje de clase marxista, con todo lo especial que sabemos tiene este lenguaje, en una sociedad que veía e imaginaba sus contradicciones de otra manera.

Toda esta historia es bastante conocida. La oligarquía logra salir relativamente triunfante de la crisis revolucionaria de los años 1930, aliada a las fuerzas armadas y con el respaldo de buena parte de las clases medias y populares, no influenciadas por el discurso polarizador de los revolucionarios apristas y comunistas. Pero serán los años 1960 los que conocerán un discurso antioligárquico renova-

---

11 En justicia, y refiriéndonos a Jorge del Prado -amigo personal de Mariátegui-, habría que preguntarse si hubiera podido escapar a la corriente de estalinización que por entonces llegaba a todos los Partidos Comunistas del mundo y que limitaba al extremo toda acción y pensamiento heterodoxo. Era imposible llevar adelante cualquier actividad comunista revolucionaria fuera del espacio político, intelectual y emocional de la Tercera Internacional.



do, en cierto sentido más intenso, y definitivamente con más convocatoria. Para esos años ya forma parte del sentido común el que la clase aristocrática tradicional, los señores, los grandes hacendados, son los que impiden el desarrollo del país y los que, con su incapacidad para cambiar, están llevando a la sociedad al colapso. La mayoría de las capas intelectuales, los movimientos sociales más sólidos, la Iglesia Católica, las clases medias, e incluso las fuerzas armadas comparten este mismo diagnóstico de base: la oligarquía es enemiga de la sociedad.

Los discursos que se activan al interior de este gran horizonte antioligárquico no conocerán momentos de mayor efervescencia. Partidos, movimientos, proyectos; Accion Popular, Movimiento Social Progresista, Democracia Cristiana, Partido Popular Cristiano, partidos comunistas, socialistas, movimientos de profesionales, de intelectuales, de militares, católicos, campesinos, obreros, etc. Toda una sociedad pensándose intensamente dentro de las mismas coordenadas.

El resultado político más importante de este período es el régimen de Velasco Alvarado. El General Velasco lleva a sus máximas posibilidades este horizonte y en cierto sentido lo agota. Lo que vendrá después, el radicalismo de Alan García -sobre todo a partir de 1987-, pertenecerá más al campo de la retórica lamentable que al de la acción -y la emoción- real. García ya no pudo manejarse con comodidad en este horizonte porque tal había venido perdiendo gran parte de su vigor. ¿Qué pasó?

El horizonte antioligárquico entra en crisis cuando las imágenes de la sociedad se multiplican y complejizan, es decir, cuando se debilitan las visiones polares que habían ido formándose desde principios de siglo.

La oligarquía había sido con Velasco afectada en su base material y había perdido su hegemonía, su centralidad, su capacidad de ser referente simbólico<sup>12</sup>, además de blanco de envidias, indignacio-

---

12 Guillermo Rochabrún «Perú: los tiempos y la crisis». En *Quehacer* n° 42, Lima, Desco, 1986.



nes y odios. El Estado, en fuerte expansión desde inicios de los años 1960, era el nuevo referente al cual se dirigen las demandas, los ataques, los rodeos de los grupos de interés. Referente más amplio y complejo, impersonal, sin apellidos, en cierto sentido más frío<sup>13</sup>. ¿Se pueden construir identidades culturales fuertes luchando contra el Estado?

Fracciones burguesas y nuevos poderosos surgirán, pero tendrán mucho cuidado en hacer vida pública, ostentosa, y convertirse en nuevos blancos del odio de toda la sociedad. Además, por sus características estructurales dependerán mucho del Estado, no podrán tener brillo propio. Y en cuanto a su conformación, aunque es evidente cierta continuidad aristocrática, también lo es su mayor variedad, apertura, y en algunos casos sus orígenes claramente plebeyos.

Las clases medias se hacen más variadas, mesocráticas, y con fuertes y complejos vínculos con las fracciones burguesas dominantes. Hay menos lugar entonces para el tipo de polaridad que hemos analizado. Y por el lado popular el «nosotros» se hace más heterogéneo, económica y socialmente. En los años 1980, con la disolución de las ideologías clasistas -en general el debilitamiento de la estructuración clasista de la sociedad- y la expansión acelerada de eso que hemos venido a llamar la «informalidad», la gente débilmente vincula su precariedad e incertidumbre con la existencia de una clase alta culpable, los «ricos señores», que se lo llevan todo. En todo caso si había un culpable ahora era el Estado<sup>14</sup>.

A fines de los años 1980 y principios de los años 1990 se terminó de completar el panorama. Las clases altas ya no sólo no permanecen a la sombra, cuidándose de ser blanco de las iras sociales, sino que, con el auge del liberalismo, salen a la luz legitimadas: son

---

13 Ya no se tiene al frente a esos grandes señores, a esos apellidos resonantes que eran la cara visible del Estado, sino a funcionarios, políticos y burócratas. Para darle cierto calor a la lucha tiene que emplearse entonces términos como «clase política tradicional».

14 Guillermo Rochabrún en *Cuestión de Estado* n° 1, Instituto Democracia y Socialismo, Lima, 1990.

«expresión de la modernidad capitalista», factor fundamental para sacar adelante el país.

Ahora bien, como en el anterior punto, tampoco es conveniente aquí sobredimensionar los cambios. Creemos que la identidad «pueblo», fundamental en la conformación del horizonte antioligárquico a principios de siglo, sigue estando activa hoy. Complejizada por la dinámica de las nuevas formaciones urbanas y atravesada por factores como la etnicidad, sigue siendo un elemento importante en el imaginario político. Pero esta identidad y el horizonte dentro del cual encontraba su lugar de desarrollo han perdido la consistencia que tuvieron durante buena parte de este siglo. Las referencias a las «clases altas», a los «señores», como culpables de los males sociales se siguen dando, pero son por un lado bastante ambiguas y por el otro se encadenan a toda una serie de otras imágenes menos radicales y a veces bastante complacientes con el poder, la riqueza y las élites.

Lo que sí se puede decir es que la crisis del horizonte indiana es más fuerte y contundente que la crisis del horizonte antioligárquico. Ciertos reflejos emocionales de la sociedad responden aún a esta polaridad que nos hace enfrentarnos a los «señorones» que todavía mantienen cierta presencia, y «sacan la cabeza» de vez en cuando. Y los discursos políticos aún pueden teñirse de esta oposición<sup>15</sup>. El caso de las elecciones de 1990, el rechazo al «aristocratismo» de los que rodeaban al candidato Vargas Llosa, así lo demostró<sup>16</sup>.

Pero en todo caso en una sociedad que complejiza las imágenes de sí misma y que viene redefiniendo sus discursos sobre el poder y la legitimidad desde coordenadas aún no muy transparentes, la

---

15 El «populismo de la identidad», término acuñado por Mirko Lauer, alude a este fenómeno. Citado en Carlos Franco, *La otra modernidad*, Lima, Cedep, 1991, pp. 133 y ss.

16 Las clases altas se excedieron en mostrar su rostro. Un rostro blanco y aristocrático. Las campañas televisivas de los candidatos del FREDEMO fueron bastante provocadoras.

vigencia del discurso de Mariátegui, nacido de las luchas antioligárquicas y cargado de ellas, y sobre todo, empeñado en un intento *totalizador* -no en vano era marxista- enraizado en tales coordenadas básicas, definitorias, se hace por lo menos un asunto problemático<sup>17</sup>.

Nuestra encuesta nos estaría indicando que se mantiene aún cierta «idea crítica»<sup>18</sup> del país alimentada sobre todo en el horizonte antioligárquico<sup>19</sup>. Las referencias a las «sectores altos y poderosos» como los que impiden el desarrollo del país son significativas. Pero en general lo principal que se extrae de la encuesta es que los elementos para pensar la política son ahora multirreferenciales, descentrados -alguien diría posmodernos. Mariátegui aparece dentro de un «colage», junto con otros muchos personajes y eventos, colage cuyos sentidos de fondo recién empezamos a vislumbrar.

Cómo ya hemos repetido, los nuevos horizontes político-culturales recién están empezando a dibujarse. En cierto sentido estos horizontes estarán cargados de las viejas contradicciones que nos definen como país. Pero en otro, serán bastante diferentes a los que se

---

17 Nos atreveríamos a ir más allá. A raíz de los resultados de nuestra encuesta podríamos insinuar que Mariátegui mantiene vigencia en los estudiantes catolicinos y en los jóvenes universitarios, al interior de determinado «juego del lenguaje», el juego de la «realidad nacional», con sus particulares reglas y personajes, que alimenta y define el espacio universitario -es funcional a él- y casi solamente dicho espacio. Juego por el que desfilan figuras trágicas y solemnes, gestas heroicas. Juego en el que Mariátegui comparte un lugar importante junto con otros miembros de la generación de los años 1920 y con figuras como Arguedas, De la Puente y Velasco.

Fuera de este juego los ecos de Mariátegui son débiles. Imagen extendida sí, a veces casi estereotipada: el «intelectual» por excelencia, el «idealista». Pero a la vez distanciamiento intelectual y emocional frente a él. Esto no quita que en los próximos tiempos pueda darse un redescubrimiento de Mariátegui, sobre todo de sus lados más subjetivos y estéticos, y de la propuesta vital implícita en toda su trayectoria. Mariátegui es a fin de cuentas una fuente inmensa de reflexión e inspiración, fuente en gran parte inexplorada.

18 Sobre la «idea crítica» del Perú en estudiantes secundarios, ver Patricia Oliart y Gonzalo Portocarrero, *El Perú desde la Escuela*, Instituto de Apoyo Agrario, Lima, 1989.

19 La desaparición del horizonte indianista sí parece ser definitiva.

prefiguraron a fines del siglo pasado y principios de éste, y que con mayor o menor fuerza dominaron nuestro mundo social hasta los años 1980.

### *El horizonte socialista*

La república tuvo que plantearse la incorporación de eso que en su imaginación ubicaba como lo «otro» indio -horizonte indianista-, y en el mismo movimiento se escindió políticamente: pueblo vs. señores -horizonte antioligárquico-. ¿Cómo ubicar aquí el horizonte socialista?

Difícilmente el horizonte socialista puede ser considerado propiamente tal, al menos en los términos que venimos usando este concepto. ¿Llegó la sociedad peruana alguna vez a pensarse en términos «clasistas», tal como éstos fueron formulados en el pensamiento socialista clásico?<sup>20</sup>. El socialismo fue más un hijo del horizonte antioligárquico, un discurso particular que formaba parte de él. En determinado momento, mediados de los años 1970, este discurso adquiere un fuerza tal que llega no sólo a ordenar ideológicamente el presente sino incluso a proyectarse en el pasado: es por ello que las últimas generaciones de izquierdistas tendieron a leer el Perú de este siglo como si el socialismo hubiera jugado un papel muy grande en él.

Dentro de los esfuerzos que desde principios de siglo distintos sectores despliegan para diferenciarse políticamente de la oligarquía, cuestionarla, luchar por espacios de poder -conformando una identidad de «pueblo», espacio simbólico desde donde legitimarse-, y configurando esto que hemos venido a llamar el horizonte antioligár-

---

20 En países como Alemania, Francia e Inglaterra incluso las clases altas llegaron a verse a sí mismas en el espejo de Marx. Las luchas sociales más importantes que moldearon a la Europa de hoy se desplegaron dentro de un claro horizonte socialista marxista. Partidos obreros con millones de afiliados, cultura obrera, regímenes reformistas adscritos a las ideologías clasistas, intentos revolucionarios, burguesías obligadas a responder utilizando el lenguaje de *El Capital*.



quico, el discurso socialista viene a incorporarse como elemento importante, sobre todo a partir de los años 1930. Son las doctrinas radicales del Apra y del Partido Socialista -luego Comunista- sus principales exponentes.

El APRA, como hemos dicho, intenta dar lenguaje doctrinal a la búsqueda de identidad «pueblo» que se iniciaba con el siglo. *El antiimperialismo y el Apra* de Víctor Raúl Haya de la Torre pretendió ser el programa socialista aplicado a las condiciones propias de hispanoamérica<sup>21</sup>. Los sectores populares y de clases medias que siguieron al Apra verbalizaron y elaboraron su oposición y su indignación frente a las oligarquías con elementos de la teoría política radical europea y de esta manera empezaron a prefigurar, aunque tímidamente, el horizonte socialista. A su lado y a la vez enfrentándose al aprismo se encontraba el Partido Comunista, antioligárquico también, pero apuntalando sin mucho éxito en sus inicios un proyecto más «ortodoxo», es decir, pensado desde la lucha de clases mundial tal como era entendida por la Internacional Comunista.

A pesar de la importancia de Haya de la Torre dentro del discurso socialista fue Mariátegui la figura preeminente en este horizonte que empezaba a insinuarse. La originalidad de su marxismo ha sido bastante estudiada y no vamos a volver sobre él. Nos interesa señalar sólo el vínculo que establece entre las reivindicaciones antioligárquicas surgidas desde toda la sociedad y el proyecto obrero y campesino que tenía que convertir esas reivindicaciones en revolución social y construcción del socialismo. Mariátegui tensa el horizonte antioligárquico hacia una propuesta más definida. Esta propuesta, más marcadamente «clasista» que la aprista, no llegó a calar en el imaginario social y tendría que esperar hasta los años 1970 para alcanzar cierta significación.

---

21 No vamos a abordar el problema de la «autenticidad» del socialismo de Haya, o de su talante «pequeño burgués nacionalista». Es evidente que Haya de la Torre pretendió pensar desde el marxismo, al menos en sus escritos de los años 1920 y 1930.

Esto, unido al debilitamiento del ímpetu revolucionario del aprismo en los años posteriores, hizo que el horizonte socialista nunca llegara a dibujarse del todo -el PCP tuvo una influencia muy limitada y sectorial entre 1930 y 1960. A diferencia del indianismo y el antioligarquismo, tenemos con el socialismo una matriz imaginaria e ideológica por momentos fuerte pero que no llega a atravesar significativamente el conjunto de la sociedad.

Pero llegan los años 1970, e impulsado por la intensa activación social que significó la época velasquista el marxismo clasista y universitario logra madurar una convocatoria amplia que atravesó sindicatos, universidades y movimientos sociales<sup>22</sup>. El socialismo ya no es sólo un discurso entre otros sino que logra adquirir centralidad: «es» el discurso contestatario. Incluso a las clases altas ya les será imposible no verse envueltas y confrontadas por el lenguaje y el imaginario marxistas.

Estos años, sobre todo de 1974 a 1978, dejarán su impronta en la universidad. Una década después ésta seguirá viviendo de los sueños tejidos en esos pocos e intensos años de mítines, marchas, trabajo febril en sindicatos, lucha callejera, llevados a cabo por estudiantes de las clases medias y altas que no pasaban de los treinta años de edad. Y la mayoría de esos jóvenes, algunos con apellidos aristocráticos, reivindicarán un neo-izquierdismo que se planteará como un rescate -una reinención leninista- de Mariátegui.

Esto también es bastante conocido. Mariátegui se convierte en el símbolo de un deseo: el de la radicalidad creativa, el de la posibilidad de transformar el país desde la realidad y no desde el dogma. Un marxismo enraizado en nuestras propias condiciones. Ahora bien,

---

22 En realidad el primer impulso para el resurgimiento del socialismo en Latinoamérica y el Perú provino de la Revolución Cubana, que a inicios de los años 1960 despierta nuevas expectativas en la juventud. Luego vendrán las guerrillas de De la Puente y de Javier Heraud. Pero será el imaginario libertario de los movimientos juveniles radicales de Europa de 1968, y la atracción ejercida por el maoísmo, los que terminarán de bosquejar un panorama intelectual y anímico que se haría mucho más claro y agresivo en los años 1970.

es obvio que este apelar a Mariátegui no bastó para sacudir a una cultura política de izquierda demasiado apegada al manual y a la cita. Sería exagerado decir que no se leyó a Mariátegui; pero también sería exagerado decir que se lo leyó.

Lo cierto es -y a esto contribuyó un panorama internacional efervescente- que desde 1970 hasta mediados de los años 1980 no habrá joven universitario que no se vea confrontado, interpelado de una u otra manera, por este discurso socialista con rostro mariateguiano. La vida cultural se encontrará hegemonizada por el socialismo, que empieza a plantearse ya en la década de 1980 la posibilidad de ser gobierno efectivo.

¿Qué cosas expresaba el discurso socialista, sobre todo en la juventud? Expresaba contenidos, y esto es clave constatar, que ya se encontraban presentes en el discurso antioligárquico. En el joven proletariado expresaba -además de aspiraciones económicas- la lucha contra la cultura estamental y señorial de los patrones. En los jóvenes universitarios de sectores emergentes la aspiración a un lugar en una sociedad todavía demasiado estrecha, y la lucha contra una cultura excluyente y acomplexante. En los jóvenes de clases medias y altas criollas la búsqueda de un poder social que no fuera acompañado de la secular carga culposa; por ello se ampararon en las reivindicaciones populares. En todos, auténtica indignación frente a una clase dominante indiferente y ostentosa. En todos, imaginarios solidarios, humanistas, incluso religiosos y místicos. En todos aspiraciones a una modernidad que en esos años, a diferencia de hoy, tenía rostro socialista.

Llegamos a mediados de los años 1980 y se produce una de las crisis culturales e ideológicas más veloces de nuestra historia, y de la historia mundial: «todo se viene abajo». En el lapso de seis años la palabra socialismo se convierte en casi un insulto. Los discursos con carga utópica se hacen añicos y entramos de lleno a la «era» del liberalismo y del pragmatismo.

La crisis se venía alimentando en el Perú desde tiempo atrás: la perversa brutalidad de Sendero, que ya no permitía mencionar tan

cándidamente palabras como Marx, Mao y comunismo; la devastadora crisis económica y social que fragmentaba organizaciones, diluía tejido popular, y hacía perder toda capacidad reactiva a los sindicatos; la incapacidad estructural de la izquierda peruana para desfeudalizarse y proponerse ante la sociedad como alternativa viable; los nuevos caminos de la praxis popular, productivistas y pragmáticos; y, no menos importante, la demagogia alanista, autodeclarado «socialista y revolucionario», que trajina hasta el cansancio la prédica progresista-izquierdista. A partir de entonces será el vendaval liberal, encabezado por Vargas Llosa y Hernando de Soto, el que capturará la imaginación de la sociedad.

¿Desaparece con la crisis del socialismo todo lo que éste, como discurso intelectual y emocional, venía expresando?. La respuesta es no. La lucha cotidiana contra una cultura estamental que pervive, la pelea por el lugar en la sociedad, la tentación del poder, la indignación, la rabia, las aspiraciones a un mundo mejor, la modernidad, todos son contenidos que se encuentran presentes en la juventud. Pero el socialismo no tiene la capacidad por ahora para ofrecerse como discurso ordenador de estos contenidos. En parte por todo lo que ya hemos mencionado sobre la crisis del horizonte antioligárquico: se complejizan las imágenes de la sociedad, se dispersan los conflictos, pierde centralidad el núcleo más visiblemente señorial. En parte por el agotamiento del transfondo utópico de los proyectos sociales y la crisis de lo público que se vive en todo el mundo<sup>23</sup>.

A esto se suma el espíritu menos culposos de las juventudes de las clases medias y altas, la creciente legitimación del éxito, los múltiples discursos masivos y propuestas estéticas que compiten con la política y que flexibilizan las opciones ofreciendo variados caminos racionales y emocionales.

¿Que vigencia puede tener en este contexto el socialismo de

---

23 Lo que no significa que deje de haber proyectos y organizaciones socialistas que gozan de buena salud en el planeta. El conjunto de factores que hemos mencionado para el caso peruano no tiene porque darse en todas partes.



Mariátegui? Creemos que su lado más propiamente ortodoxo, proletario-campesino, ninguna. Pero su reivindicación del sentimiento, la emoción, la justicia, la generosidad vital, la belleza, como dimensiones fundamentales de la vida social pueden resultar muy atractivos para una juventud que experimenta un mundo cada vez más instrumental y cínico.

Nuestra encuesta muestra que el Mariátegui menos rescatado es el «Mariátegui comunista», en el sentido de propugnador de un régimen político. Se le refiere más como intelectual, al lado de Luis Alberto Sanchez, Basadre, etc., y como defensor de los indios, campesinos y débiles del pasado. Por ahí también se rescata el Mariátegui antioligárquico. Todo esto dentro de un cambalache por el que circulan además personajes tan disímiles como Vargas Llosa, Matos Mar, Hernando de Soto, Velasco, Lourdes Flores, Chirinos Soto, Arguedas, Javier Pérez de Cuéllar, etc.<sup>24</sup>

## A MODO DE CONCLUSIÓN

A partir de las preguntas sobre la posible recepción de Mariátegui en la juventud actual hemos tratado en este ensayo de dar cuenta de un cambio fundamental en nuestras coordenadas culturales. Observamos que en nuestro mundo social actual han ido perdiendo centralidad los grandes temas que definieron esa república surgida de la guerra con Chile. República vivida centralmente por tres generaciones: la de Gonzales Prada, la de Haya y Mariátegui, y la de los nacidos en las décadas de 1930 y 1940. La primera, testigo del desastre de la guerra y con la que se inicia el Perú moderno; la segunda, la generación intelectual por excelencia, la de los grandes

---

24 Mariátegui es una presencia extendida entre nuestros entrevistados, pero superficial, no central. Aparece con cierta significación pero dentro de una dispersión casi absoluta de referentes políticos y culturales. Su figura es casi un estereotipo y el conocimiento que se maneja de él es bastante pobre. Lo que no es óbice para que exista una general simpatía hacia el personaje.

proyectos y la revolución; la tercera, la generación populista, fundadora de lo que ahora se denomina la «clase política tradicional»<sup>25</sup>.

Estamos pues, como se viene diciendo permanentemente, ante un verdadero cambio de época. No sólo cambian las respuestas sino las preguntas mismas. Cualquier autor del pasado tiene que ser abordado tomando en cuenta ésto. Cualquier vigencia está condicionada a los nuevos horizontes político-culturales que se vienen dibujando, y que seguramente definirán los razgos de nuestra república en las próximas décadas.

Mariátegui es y seguirá siendo un autor fundamental y un clásico de nuestra literatura y pensamiento político. Esto lo decimos compartiendo la admiración por una persona que hizo de su propia vida una verdadera obra de arte<sup>26</sup>. Sólo hemos querido ir un poco más allá y preguntarnos a través de él -quizás el autor más importante de este siglo que se va- por los cambios culturales y políticos en este incierto y fascinante Perú de hoy; cambios que las nuevas generaciones expresan de manera más radical.

---

25 La cuarta generación, los nacidos entre fines de los años 1950 y antes de 1970, ya empieza a experimentar, en sus vivencias de lo público, un país de transición.

26 Gonzalo Portocarrero así lo describe en los borradores de su ponencia a este mismo seminario.